

Martes III del TO
Ciclo B



23 de enero de 2024

Heb 10, 1-10

Sal 39

Mc 3, 31-35

P. Eduardo Suanzes, msps

Para arrojar luz al evangelio que acabamos de escuchar es imprescindible que comprendamos cómo era la concepción de la familia y de los grupos humanos y de parentesco en tiempos de Jesús.

En nuestra cultura occidental contemporánea consideramos que la estructura psicológica de un individuo constituye la clave para llegar a entender quién es o quién podría ser. Nosotros nos concebimos como seres bien delimitados y únicos: somos un universo emotivo y cognitivo más o menos integrado, un centro dinámico de conciencia y juicio y nos situamos frente a los otros y en relación con ellos. Pero este modo de concebirnos ha sido muy raro en las culturas del mundo y está casi ausente del Nuevo Testamento.

En el mundo mediterráneo de la Antigüedad cada persona estaba implicada en otras, **y su identidad sólo se podía explicar en relación con esos otros** que integraban un grupo fundamental. Para la mayor parte de la gente se trataba de la familia, hecho que implicaba que los individuos no podían actuar o pensar de sí mismos como personas independientemente del grupo familiar. Un miembro de la familia era lo que eran el resto de los miembros, tanto psicológicamente como en otros aspectos. Por eso resultaba importante saber si alguien era «de Nazaret», «de Tarso» o de cualquier otro lugar, porque en esas etiquetas estaba codificada toda la información necesaria para situar a la persona en cuestión correctamente en la escala del honor y, por tanto, toda la información requerida para saber cómo relacionarse adecuadamente con él o ella. Y Jesús era «nazareno» como le habían proclamado los demonios un poco antes en la sinagoga. Y ser «nazareno» o «nazir» tenía connotaciones nacionalistas, rigoristas, un tanto fundamentalistas, de gente que son favorables al judaísmo ortodoxo o tradicional.

Unos versículos anteriores al episodio que acabamos de escuchar en el Evangelio Marcos se escribe que sus parientes (nazarenos) «*fuleron a hacerse cargo de Jesús, pues decía que se había vuelto loco*». Es la lectura del sábado pasado. Ahora, esta delegación de parientes, se nos dice que está constituida por su madre y sus hermanos; y llega a Cafarnaúm, donde él está, pero estos familiares «*se quedan fuera*» de donde quiera que estuviera Jesús, mandándole llamar. Esta delegación familiar en realidad es innominada, pues no se menciona ningún nombre. Marcos, conscientemente evita poner ningún nombre. ¿Es que acaso no conocía el nombre de la madre de Jesús? Ciertamente sí, como lo menciona tres capítulos más tarde: más tarde los llama «*el hijo de María*» (6,3). Aquí no.

Si tenemos en cuenta también la lectura del sábado pasado, Jesús está en la casa de Cafarnaúm, pero inmediatamente la atención se pone en «los suyos» que se habían enterado de la actividad de Jesús y querían hacerse cargo de él. Es decir, estos estaban en otra parte. El juicio de estos

parientes con relación a Jesús de que «*ha perdido la cabeza*» es duro y no hay base para suavizarlo, pero debe ser valorado teológicamente. La actividad de Jesús choca con la incompreensión, que incluye incluso a su misma familia.

Vemos, si nos fijamos bien, que hay dos ambientes. Se dice que Jesús estaba con «*mucha gente sentada alrededor de él*», y este detalle se menciona dos veces en los cuatro versículos que hemos escuchado, y es que, se dice después, que «*mirando a los que estaban sentados a su alrededor...*». Atendiendo a este detalle están los de «dentro» y los de «fuera»: los primeros son los que están con Jesús, los otros, sus parientes, no. Es más, estos no quieren entrar: «*se quedan fuera*».

Además, está el detalle intencional de Marcos de no nombrar a María, sino a «*la madre de Jesús y sus hermanos*», podemos pensar que ese «*los suyos*» son figuras, en realidad representativas más que personas físicas¹. Si atendemos a esto, «*su madre*» representa el origen de Jesús, es decir, la comunidad humana donde se ha criado; «*sus hermanos*», los miembros de esa comunidad. La clave está en estar sentado alrededor de Jesús y no afuera. Estar «fuera» o «dentro» es una imagen plástica y fuertemente expresiva de quiénes no aceptan y sí aceptan el reino de Dios, la novedad radical que Jesús proclama y que trastoca instituciones tan enraizadas como el origen étnico judío y la familia biológica.

Ante la petición del grupo de los de «fuera» para que Jesús saliera del grupo de los de «dentro» y se fuera con ellos, él lanza una pregunta retórica, acentuando con ello la gravedad de la cuestión que está en juego, porque va a plantear la índole del vínculo familiar de modo completamente distinto. Va a definir lo que él entiende por familia.

La condición para pertenecer a los de Jesús es «*cumplir la voluntad de Dios*», es un acto que toca realizar a cada individuo. Dios quiere ser Padre de todos los hombres (de todos, parece subrayar Jesús al pasar la mirada por esa multitud) comunicándoles su propia vida, es decir, el Espíritu; y esa vida se comunica por la adhesión a Jesús. El designio de Dios, expresión de su amor, es, por tanto, que los hombres, ***vinculándose con Jesús, participen de esa vida***.

Si nos quedamos sin las figuras simbólicas y queremos ver solo las físicas: ¿acaso no fue la madre de Jesús, María, la primera y la mejor que cumplió con la voluntad de Dios?

¹ Hemos seguido en la reflexión a MATEOS–CAMACHO, *El Evangelio de Marcos Vol.I*. Ed. El Almendro. Córdoba, 1993. También, J.P.MEIER, *Un judío marginal, Tomo I*, Ed. Estella, 2000. B. MALINA, *El mundo del Nuevo Testamento*, Ed. Estella, 1995. MALINA-ROHRBAUGH, *Los evangelios sinópticos y la cultura mediterránea del siglo I*, Ed. Estella, 1996. THEISSEN-MERZ, *El Jesús histórico*, Salamanca, Ed. Sígueme, 1999. MATEOS-SCHÖKEL, *Nuevo Testamento*, Madrid, Ed. Cristiandad, 1987. GNILKA J. *El Evangelio según Marcos. Vol. I*. Ed. Sígueme, Salamanca 1999.